



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECAHO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12104

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extraordinario.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 18 DE MARZO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumarlin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CRISIS RESUELTA

La tempestad ha pasado. El mar de la política, revuelto hasta hace poco por virtud de furioso vendabal, se ha serenado. Sólo queda un poco de resaca originada por el mar de fondo y el susto consiguiendo influyendo sobre los empleados que temen que los dejen cesantes.

A la hora esta se ha resuelto la crisis, que ha tenido y tiene sobre las que le precedieron cierta novedad. En las otras el encargado de formar Gobierno era árbitro para elegir ministros; de entre la multitud de políticos ministeriales escogía ocho; formaba una lista; adjudicaba a cada cual una cartera y marchaba á Palacio para obtener la aprobación. Después venía la jura, la toma de posesión con el discurso de rúbrica y enseguida... a continuar la obra de los antecesores, en unos casos, ó á deshacer lo hecho, en otros.

Esta vez ha sido más difícil encontrar los ministros. Los primates no se han concretado á celebrar conferencias para enterarse de palabra de lo que se pretendía realizar. Más desconfiados en esta ocasión, han consignado en el papel las bases de un programa, para que siempre y en todo momento, quede constancia de la obligación que contraerán.

La cosa es nueva pero muy natural. Van á constituir parte del Gobierno varios políticos de altura—como ahora se dice—cada uno de los cuales aspira á constituirse en jefe de partido cuando ocurra vacante. Y como no hay ninguno que quiera arrojar por la ventana la popularidad que le dieron sus méritos, se colocan con ese docu-

mento en condiciones de probar, si fracasa el Gobierno que se va á dar á luz, que no colaboró de ninguna manera para tal resultado.

Y dase el caso, novísimo también, de que el tiempo empleado en la solución de la crisis resulta más corto que el necesario para formar el ministerio. Y es que no sólo se discuten las bases del programa, sino que se regatean los ministros, discutiéndose quién debe regentar cada departamento.

Si esto es signo de seriedad, bien haya esa labor. Si ésta se inspira en ambiciones de hacer méritos para llegar en momento oportuno á desempeñar la jefatura del Gobierno, bien haya también; porque en tanto que se trabaja franca y desembozadamente por sanear las costumbres políticas y limpiar las reformas encarnadas en leyes, disminuirá el malestar que hace á cada momento que surjan por doquiera motines y alborotos.

A la hora que estas líneas escribimos aún dura la tarea; todavía no hay ministros; los habrá más tarde, después de meditación y serán no los que se toman á capricho ó por conveniencia personal de una larga lista de candidatos disponibles, sino los que imponen las circunstancias.

De todo corazón deseamos que aciertan y que su labor sea fructuosa, para que termine esta situación de indisciplina que amenaza llevarnos al caos.

TIJERETAZOS

En Aguadulce, población de Colombia, han librado un sangriento combate las fuerzas del gobierno de aquella República y los partidarios de la revolución.

Las pérdidas de los leales han sido grandísimas: 1200 muertos.

Después de todo no hay que admirarse de esto, las cosas de América son extraordinarias. Pero hay un dato que pasa los límites de la extraordinariedad:

Entre las bajas hay nada menos que medio centenar de generales.

Vamos, que ha naufragado en Aguadulce el escalafón del estado mayor general.

Parécen demasiados generales, pero no pretendemos rectificar el número.

Si han muerto, el entierro no corre á nuestro cargo.

Y si no han muerto, no los hemos de mantener.

Pero conste que esos 50 generales muertos, parecen cosa así como un canard, clase extra, de la fábrica de mentiras más acreditada de la libre América.

En Rusia ha sido pasado por las armas todo un coronel.

¿Qué había hecho?

Nada, casi nada; vender durante siete años á los alemanes todos los secretos de Estado que ha podido.

Y dice un periódico al dar la noticia:

«El coronel Gira murió como un cobarde.»

Si era traidor ¿cómo había de morir?

Leamos:

«El ministro del Comercio y la Industria de Francia, ha tomado las disposiciones convenientes para cumplir la ley que reduce paulatinamente la duración máxima de la jornada de trabajo en talleres y manufacturas.»

Conforme á la ley, desde el primero de Abril venidero no podrá durar la jornada más de diez horas.»

¡Díes!

Y nosotros que creíamos que en este asunto íbamos, como en todo, á la cola.

Y vamos así á la cabeza.

MICROSCOPICAS

De los mil episodios á que ha dado lugar la guerra del Africa del Sur, hay dos que se destacan ofreciéndose á la consideración de las gentes como dos oasis en pleno desierto.

Van casi unidos, como de la mano y se han producido á impulsos de delicados sentimientos, ante los cuales no hay espíritu que haya permanecido sereno ni ojos que no se hayan empuñado.

Cayó Motluen herido y prisionero en manos de los boers y lejos éstos de tomar represalias, le cuidaron con la insuficiencia de medios de que disponían.

Sin pedir venia; siendo en la lealtad de quienes la guerra y la persecución no han consiguado desarraigar los sentimientos de amor y de justicia que expusieron antes de la campaña, la esposa del general herido marchó al campo contrario, en busca de su infortunado compañero. El deber le exigía realizar su papel de enfermera y lo aceptó sin vacilar. Y los boers, esos campesinos del Africa del Sur, ante cuyos heroicos sacrificios ha de llegar un día que se torne en vergüenza la admiración del mundo, la guiaron y atendieron, le ayudaron en su obra caritativa. Y el general de aquellas gentes, cuya mujer y hijos arrostran la miseria y la muerte en los campos de concentración, dejan libre al cautivo prisionero, reduciéndolo á un rebelde que hubiere sido, de tenerlo encerrado, fíador de muchas vidas.

Kittbomer seguirá su tarea haciendo en el Tsanavahl de nuevo Atila. Por virtud de sus bandos terribles, seguirán funcionando los consejos de guerra. La pena de ser pasado por las armas seguirá cumpliéndose; más cada vez que cruce el espacio una bala y en nombre de Themis arraque una vida, vendrá á la memoria el recuerdo de la mujer inglesa que va al campo enemigo á cumplir su deber y el del general boer que le anda al encuentro para entregarle, libre, á su marido.

Este hecho es lo más culminante de la campaña del Africa del Sur. Está tan alto que desde todas partes se divisa.

Y es tan digno de admiración, que llegará el caso de que nos inspire vergüenza la soledad y desamparo en que dejamos á quien tan bien se porta.

Recuerdos de un torero

A los ochenta y tres años de edad, ha fallecido en Cádiz el célebre picador de to-

ros, don Francisco Puyerto y Santos, contemporáneo de Montes y Redondo y de otros famosísimos diestros de la primera mitad del pasado siglo.

El finado venía residiendo hace muchos años en Chiclana y en Cádiz, contando con numerosa descendencia, y enlazado á conocidas y respetables familias, era en toda esta comarca tan popular como apreciado, contribuyendo á fijar en memoria su eleva, da y robusta figura, que se mantenía esbelta y fuerte á pesar de los años, y que hacía comprender la pujanza que debió tener su brazo en la dura suerte de picar las resas bravas.

Nació en el Puerto de Santa María el 3 de Febrero de 1819, y con su famoso y malogrado hermano Carlos, comenzó pronto á manifestar aficiones tauromáquicas y salió por primera vez á picar en dicha ciudad en una novillada, contando sólo dieciséis años, y apadrinado por el viejo varilguero Antonio Pérez (el «Frailo»).

Aceptó luego algunos ajustes, y en mil ochocientos treinta y seis ingresó en la cuadrilla de Dominguez, con quien pasó á la América del Sur, en compañía también de Lucas Blanco y el banderillero «Cherri-mor», entre otros.

Trabajó en la República Argentina, el Uruguay y el Brasil, y regresó á España en 1848, trabajando á muy poco en su tierra, con Juan Pastor el «Barbero» y Manuel Díaz «Lavi», actuando después por su cuenta en muchas corridas, bajo la protección del ganadero señor Hernández. Y á las órdenes de Montes, Cárdenas, el Salamunquipo, Cayetano Sosa y otros espadas de tanto lustre.

Redondo le hizo ingresar en su cuadrilla y á la primera tarde de aquel (1860) le llamó Julian Casas, teniendo entonces como compañeros á Antonio Calderón y Antonio Arce y trabajaba muchas veces en compañía de «Chola», Juan Gallardo, José Trigo, Letra y otros famosos.

Una tarde, inutilizado desde primera hora Antonio Calderón y Arce, tuvo el honor que picar con el rosario cinco toros; la cuadrilla quedó limpia de caballos y á mi (escribía Puerto muchos años después) me daban ya no sólo los huesos, sino el alma.»

Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.

90

LOS CRUZADOS

El anciano estrechó los pies de la joven como para ponerse bajo su protección, y de repente su rostro se encolerizó.

Había oído una voz de mujer y así quedó atónito al socorrer los pesados zapatos de guerrero que Jaghenka llevaba.

La muchacha, sin advertir aquel asombro, dijo: —Presto llegarán los carros y conoceréis. Antes de ir á Masovia debemos detenernos en Tsolna.

Al oír aquellas palabras, el viejo se enderezó súbitamente. Su rostro sin ojos y sus contraídos labios le daban un aspecto horrible.

Su mano se agitó en el aire, como si quisiera impedir que alguien avanzara en aquella dirección y lanzó gritos salvajes y sofocados.

—¿Que tenéis?—preguntó Jaghenka.

Glava, que estaba conversando con Anula, al oír aquellos sonidos inarticulados, acoróse al viaje, y después de haber examinado su rostro contraído por el dolor, exclamó: —¡Eh! ¡Eh!

Matzko, Anula y Jaghenka se estremecieron. La voz del toheque tenía un sonido lúgubre que hacía presagiar una terrible noticia.

Glava, poniendo la mano sobre el hombro del mu-

do, preguntó: —¿Venís de Tsolna?

91 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

El viejo indicó que sí.

—¿Habéis quizá buscado á vuestra hija?

El mudo tembló y su rostro se contrajo.

Glava, la joven y Matzko palidecieron.

—¡Jurand de Spiehov!—dijo el toheque.

—¡Jurand de Spiehov!—repitieron los demás.

El pobre mutilado vaciló y cayó.

El dolor, la impresión recibida, la falta de alimentos, habían agotado sus fuerzas.

Era el décimo día que iba errante por los caminos, hambriento y sin guía.

Sin poder preguntar por su camino, solamente podía recibir algún trozo de pan de las personas caritativas, porque la mayoría le tomaba por un malhechor que huía de la justicia.

Algunos días sólo comía hierba, y fijo hubiese muerto de hambre á no haber topado con la comitiva de Latsko.

La voz de Jaghenka le recordó la de su querida hija, por la cual se había sacrificado en vano.

El toheque y Latsko acomodaron al viejo sobre la paja y las jóvenes se esmeraron en hacerle volver en sí.

Luego, tomando alimentos y vino, se adormeció.

Matzko preguntó á los demás lo que debía hacerse.

—Creo que debemos llevarle á Spiehov, para librarle de todo peligro.

94

LOS CRUZADOS

chov, de la que cuidaba el viejo Tolima en compañía del sacerdote Kaleb, quienes recibieron con gran júbilo á Matzko y demás compañeros.

La llegada de Jurand se difundió rápidamente y cuando los guerreros vieron á su viejo amo lanzaron un grito de ira y de piedad. Si en aquel instante hubieran guardado un templanza en los subterráneos del castillo, nadie hubiera podido evitar que los soldados de Jurand vengaran á su jefe. Esto fue llevado á su acéba, y con él quedó Kaleb, que le amaba como á un hermano querido.

Matzko y Jaghenka fueron á otra habitación del castillo para descansar; después de algunas horas, el señor de Bogdanetz, llamó á Tolima.

—Soy el tío de Zbiéhko, que es el heredero de Jurand, le dijo, en tanto que mi sobrino no vuelva. Yo mandaré aquí.

Tolima inclinándose contestó:

—¿Soy el noble caballero de Bogdanetz?

—Sí; por qué me lo preguntáis?

—Porque deseaba saber noticias vuestras el señor Zbiéhko.

—Zbiéhko está en Spiehov?

—Partió hace dos días.

—De dónde venís? ¿A dónde va?

—Venía de Malborg, pero no dije á donde va.

—Es posible?